

Goteo

Petra Cantero

I

La fuente de la Plaza de Francia lleva tres siglos marcando el tiempo en este pueblo de tejados de pizarra e inviernos largos. Es un goteo incesante, una clepsidra en piedra caliza que mide la vida en latidos de agua.

El doctor Amador Gendín se sentó frente a ella, en el banco de hierro forjado, ignorando el helor que trepaba por sus pantalones de pana. A sus setenta y cuatro años conocía bien las consecuencias del frío: cómo contraía los capilares, cómo entumecía las terminaciones nerviosas y cómo, curiosamente, aclaraba los pensamientos turbios. Tenía los brazos extendidos sobre el respaldo, la mirada clavada en el caño central de la fuente.

Aquel sonido líquido era idéntico al que había estado escuchando hasta hacía una hora en la habitación 204 del Hospital Comarcal. Solo que allí no era el del agua sobre la piedra, sino el de la solución salina precipitándose gota a gota por un tubo de plástico transparente hacia la vena de Lucas.

Cerró los ojos y, tras la oscuridad de los párpados, el gotero del hospital sustituyó a la fuente. Lucas no era un paciente. Lucas era el chico del jersey a rombos, uno de lana que siempre le picaba en el cuello. Lucas era la tercera parte de un todo que ya se había empezado a desmoronar.

Metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina y sacó una fotografía en blanco y negro, de bordes en sierra y con el papel reblandecido por la humedad y los años. La alisó sobre el muslo.

«La medicina es la ciencia de retrasar lo inevitable», se dijo. Era el aforismo con el que solía martirizar a los residentes durante las guardias.

II

La foto databa de noviembre de 1954. No hacía falta mirarla al dorso para saberlo; Amador tenía esa fecha cicatrizada en la memoria.

Eran tres. Tres renacuajos plantados frente al muro trasero de la iglesia, ese que siempre tenía el estuco cayéndose a pedazos, como si el edificio tuviera sarna.

A la izquierda estaba Julito, el más bajo, de lado para disimular los trasquilones que le dejaba su madre. Tenía la mirada de quien acaba de cometer una fechoría y está calculando la distancia de ventaja que necesita para una huida. En el centro, él: Amador el serio, el que

siempre llevaba la camisa abotonada hasta la nuez para no coger frío porque padecía amigdalitis crónica. Y a la derecha, Lucas.

En la foto, Lucas miraba a la cámara con una mezcla de desafío y aburrimiento. Llevaba unos pantalones bombachos de pana con remiendos visibles y mantenía los brazos pegados a los costados, rígido como un soldado de plomo.

Nadie que viera la imagen hubiese adivinado lo ocurrido cinco minutos antes. No podría saber que los bolsillos de Lucas estaban llenos de piedras de carburo robadas al capataz de la mina. No podría saber que el fotógrafo ambulante, el señor Crisóstomo, les estaba regañando para que no se movieran porque Julito temblaba de nerviosismo y Amador de miedo.

—Si nos meneamos, en la foto saldrá nuestro espíritu borroso y perderemos el alma —había dicho Lucas, con la autoridad natural de quien tiene hermanos mayores.

Y se quedaron quietos. No por el alma, sino porque Lucas lo dijo.

El doctor Gendín acarició con el pulgar la cara de ese niño en la foto. Recordó el olor de aquel día: una mezcla de ozono de tormenta inminente, el tufo agrio de la lana húmeda y el perfume de la tiza de la escuela. Recordó cómo Lucas había escupido al suelo justo después del fogonazo, sellando un pacto invisible de inmortalidad que la enfermedad, siete décadas después, daba por finiquitado.

III

Las enfermeras, que todavía trataban a Amador con el respeto reverencial debido al antiguo jefe de Medicina Interna, le dejaron pasar fuera del horario.

Entró en la habitación con paso profesional, arrastrando los pies lo justo para no hacer ruido. Olía a antisépticos, a alcohol y a flores mustias, ese olor dulzón y clínico que impregna la ropa durante días.

—Está sedado —le había informado la supervisora, ajustando el regulador del suero—. No creo que le oiga.

Se acercó a la cama. El cuerpo que yacía allí apenas guardaba relación con el niño de la foto. La enfermedad es un escultor cruel: talla hacia dentro, vacía, consume. Lucas estaba en los huesos, la piel apergaminada sobre un cráneo que ahora se veía desproporcionado. La respiración era un estertor trabajoso.

El doctor Gendín dejó de ser médico por un instante. No atendió a las cifras de los monitores. No comprobó la saturación de oxígeno ni la diuresis en la bolsa.

Miró las manos.

Las manos de Lucas, llenas de manchas hepáticas y con las venas azules sobresaliendo como raíces viejas, estaban inmóviles sobre la sábana blanca.

—Carburo —susurró Amador en la penumbra—. Todavía hueles a carburo, cabezota.

Fue un acto reflejo, una deformación profesional imposible de evitar: estiró la mano y tomó la muñeca de su amigo. No buscaba consuelo, buscaba el pulso. Radial, filiforme, arrítmico. Un tambor lejano cuyos parches perdían la tensión.

La medicina le había dado un maldito nombre a todo lo que le pasaba a Lucas: neoplasia pulmonar estadio cuatro con metástasis óseas; un diagnóstico espectacular y culto derivado del latín para decir sanseacabó. Pero la ciencia y la lingüística no tenían vocablos para lo otro. No había un término, clínico o profano, para describir la horrible sensación de ser el último que queda de pie contra la pared de la iglesia. Julio se había ido hacía veinte años, un infarto fulminante mientras podaba los macizos de hortensias; una muerte amable, casi educada.

De pronto, Lucas entreabrió los ojos, apenas unas rendijas. La morfina navegaba por sus arterias, convirtiendo el cerebro en un océano.

—Amador —murmuró. La voz sonaba como hojarasca arrastrada por el viento.

—Estoy aquí, amigo.

El enfermo intentó mover la mano, pero el sistema de vías y esparadrapos y aquella pesadez del brazo se lo impidieron. Hizo una mueca de disgusto.

—Dime la verdad —dijo Lucas, esforzándose para enfocar la vista en su amigo—. No me hables como los demás medicuchos, con palabras largas.

Amador apretó los labios. Era la petición que todos hacían; en labios de Lucas, el niño que desafiaba al capataz de la mina, sonaba diferente.

—¿La verdad sobre qué?

—¿Me voy a poner borroso? —preguntó Lucas—. ¿Por eso no dejan que me mueva? ¿Porque si me muevo perderé el alma?

Amador sintió ahogo en la garganta y una presión física que nada tenía que ver con la angina de pecho. Recordó la rigidez de los tres niños de la foto, el terror absoluto a desaparecer si uno parpadeaba.

Se inclinó sobre la barandilla metálica y se acercó al oído de su amigo.

—No, Lucas —dijo, con la seguridad empírica de quien ha presenciado cientos de certificados de defunción antes de extenderlos—. Te vas a quedar quieto, y muy tranquilo. Y vas a salir nítido y enfocado.

Lucas exhaló un suspiro largo, un sonido que liberó la tensión de sus hombros huesudos. Una sonrisa asimétrica, apenas un esbozo, asomó en su semblante.

—Mejor —susurró—. Porque creo que tengo los bolsillos llenos de piedras de carburo... y pesan mucho para echar a correr.

El monitor pitó una vez, un sonido agudo de alerta, pero Amador lo silenció con un dedo experto. No era una parada, solo una bajada de oxigenación. Pero el final esperaba en el umbral. Amador se quedó una hora más, hasta que la respiración y las gotas cesaron y se acompañaron al silencio.

IV

De vuelta en la Plaza de Francia, la luz de la tarde se diluía bajo la intensidad del alumbrado público, que teñía la piedra caliza de un tono blancuzco irreal.

Amador palpó la foto en el bolsillo, protegida del relente.

Contempló la fuente. El agua seguía cayendo. La salud, pensó, no es más que un tesoro precario a la espera de ladrón. Él, el gran doctor Gendín, el hombre que conocía al pueblo entero, no era más que un notario: podía dar fe de la salud, pero no podía retenerla.

Un grupo de niños cruzó la plaza corriendo, persiguiendo un balón de cuero. Sus gritos rebotaron contra las arcadas de piedra, limpios, agudos, llenos de una vitalidad insultante.

—Señor, ¿nos devuelve el balón? —pidió uno de ellos, señalando la pelota que había rodado hasta los pies del médico.

El chiquillo tendría unos diez años. Llevaba una chaqueta acolchada azul y las rodillas manchadas de barro. Jadeaba, con las mejillas encendidas por el esfuerzo.

Amador miró el balón. Luego, al niño. Aquellos ojos infantiles centelleaban con esa chispa familiar, esa urgencia de vivir una vida entera antes de que alguien te llame para merendar o para hacer los deberes.

El médico se agachó con un crujido de articulaciones que le recordó su propia fragilidad. Tomó el balón entre las manos y lo sopesó un instante. Pesaba menos, bastante menos, que las piedras de carburo. Pesaba menos, pesaba nada frente al silencio de una habitación de hospital.

Alargó el brazo y se lo ofreció al chico.

—Corred —les dijo Amador, alzando la voz inusualmente—. Corred todo lo que podáis. Y no os quedéis quietos, ni para la foto. Moveos, aunque salgáis borrosos. Que la vida es eso.

Los muchachos lo observaron extrañados un segundo, pensando quizás que el viejo se había vuelto chaveta; pero uno, el más atrevido, agarró el balón y salió disparado. Los demás, de inmediato, corrieron detrás de él.

El doctor Amador Gendín, de nuevo, se quedó solo en la plaza. Sacó un pañuelo y se limpió las gafas, empañadas por el cambio de temperatura. O por algo más. A lo lejos, las campanas de la iglesia dieron las seis. Sonaron sólidas, a eternidad.

Lucas ya no estaría quieto contra la pared. Sería parte de la luz, del agua, del aire gélido.

Amador se levantó, se ajustó la bufanda —que luego las anginas...— y emprendió el paseo hacia su casa, siguiendo el ritmo de sus latidos, ese otro goteo obstinado que, por ahora, continuaba repicando a vivos.